

# Editorial

Defender la vida puede resultar una máxima que se utiliza para muchas cosas. Muchos defensores de esta máxima pueden considerar que ya están haciendo lo suficiente al pregonar a los cuatro vientos que la vida está en peligro, sin siquiera reparar qué vida es la que está en peligro o qué de la vida es lo que está en peligro. Por lo tanto, no saben cómo responder efectivamente a dicho peligro.

Visto en perspectiva, es posible visualizar dos dimensiones del peligro. Primero, un peligro claramente cognoscitivo: no sabemos qué es lo que de verdad está en peligro y segundo, un peligro práxico: no podemos responder a dicho peligro.

Sin embargo, en este número de Teoría y Praxis queremos insistir en que la vida está escandalosamente en peligro. Asistimos a una situación en la que lo menos que se da por supuesto es la vida. En concreto la vida humana. Tal es el caso de países como El Salvador, Honduras y Guatemala, en donde no es un secreto que ya nadie se encuentra seguro. Por ejemplo, la segunda semana de julio sorprendía a todos la noticia del macabro asesinato del periodista Aníbal Barrow, en Honduras. Hechos así demuestran que estos son países considerados como altamente peligrosos. En los que se mata con saña, en los que parece que ya no basta con arrebatarle la vida a otro ser humano, sino que se quiere dejar constancia de que ya no hay nada digno en los hombres y mujeres.

Por eso Luis González, plantea que cuando hablamos de defender la vida, tiene que ser en un sentido en el que se involucre, en la que se envuelva la totalidad de la realidad humana. Porque es esa totalidad humana la que está en peligro. Defender la vida dice González está íntimamente vinculado con la moral, con la religión, con la medicina, pero también y de modo muy estrecho, con la política. La defensa de la vida se hace respecto a hombres y mujeres concretos, con su historia, con sus problemas a los que hay que responder, con sus aspiraciones y frustraciones.

La vida, nos recuerda por su parte Espada, no sólo se defiende, sino que también se celebra. Un modo concreto de celebrar la vida es a partir de la religiosidad popular. Por eso concebir la religiosidad popular como la manifestación de la minoría de edad de los pueblos o como manifestación de la ineducación o ignorancia de los pueblos es perder, desde un principio, una forma privilegiada de comprender la vida de esos pueblos. Lo mismo podemos decir de aquellos

que consideran que la religiosidad popular es el modo de proceder típico de las clases populares de una determinada estructura social. Como las clases populares son las que generalmente no cuentan con una educación formal, hay que concluir que la religiosidad popular adolece de una doble fragilidad: la de ser expresión de un pueblo pobre e ignorante. La teología latinoamericana se ha encargado de demostrar que la religiosidad popular está vertebrada toda ella por la fiesta, por la celebración de la vida. Buena falta nos hace celebrar la vida cuando estamos metidos en una situación en la pareciera que se nos está haciendo ver que la vida no tiene ningún valor.

Esta celebración de la vida es, quizá, lo que late también bajo la postura de Milton Ascencio. Este pensador, ante el hecho real de la desaparición de una lengua, procede a plantear tanto los argumentos en pro, como los argumentos en contra para su resucitación. Seguidamente describe dos de los esfuerzos que se han hecho tendientes a conservar una lengua. Por un lado, expone lo que llama política lingüística, en la que el esfuerzo de la conservación de una lengua proviene, digamos, desde un gobierno como un centro de planificación, que se supone está más interesado en la preservación de la lengua en cuestión. Por otro lado, expone lo que llama planificación lingüística, con lo que quiere acentuar que el interés por la preservación brota de las mismas comunidades. Es la misma comunidad la que reconoce la importancia de la lengua. Es un reconocimiento con respecto a la visión que tiene ella misma de la vida, y un reconocimiento de la importancia de los valores que vehicula dicha lengua.

Finalmente, Rubén Fúnez piensa que Ellacuría se esfuerza en interpretar la filosofía de Zubiri desde la situación que le tocó vivir. Desde la situación centroamericana, Ellacuría ve en la noción de posibilidades tanto su dimensión ética como su dimensión política. Las posibilidades, en la filosofía de este pensador salvadoreño, son justamente los recursos con los que contamos para actuar, para civilizar una pobreza a la que se oponen los poderosos de este mundo. La civilización de la pobreza es la mayor utopía, es el mejor modo de celebrar la vida o de defender la integralidad de la vida.

San Salvador agosto del 2013.